

Espuela de Plata



Homenaje a Juan R. Jiménez

Sumario:

JUAN RAMON JIMENEZ: La luz del mundo en la vida. Canción

POEMAS DE Manuel Altolaguirre, Juan Arcos, Mariano Brull, Gastón Baquero, Alberto Baeza Flores, Emilio Ballagas, Marcos Fingerit, Eugenio Florit, Angel Gaztelu, Ramón Guirao, J. Lezama Lima, Virgilio Piñera, J. Rodríguez Santos, Cynthia Vilié

Viñeta de Mariano Fuera de texto: Dibujo de Alfredo Lozano

LA HABANA ♦ DICIEMBRE, ENERO, FEBRERO Y MARZO ♦ 1940

Espuela de Plata

TODOS LOS TRABAJOS Y TRADUCCIONES
 DE ESTE CUADERNO SON INEDITOS

Dirigen

JOSE LEZAMA LIMA
GUY PEREZ CISNEROS
MARIANO RODRIGUEZ

Aconsejan

MANUEL ALTOLAGUIRRE
JORGE ARCHE
JOSE ARDEVOL
GASTON BAQUERO
EUGENIO FLORIT
ALFREDO LOZANO
AMELIA DELAEZ
RENE PORTOCARRERO
J. RODRIGUEZ SANTOS
CYNTHIO VITIER

No se admiten colaboraciones
no solicitadas

Precio \$0.20
Suscripción a seis números 1.00

Imprimido en

LA VERONICA

de Manuel Altolaguirre

Calle 17 No. 258 Vedado

Dirija la correspondencia a:
Trocadero, 162, bajas
La Habana Cuba

Espuela de Plata

CUADERNO BIMESTRAL DE ARTE Y POESIA

Nos. C. y D. — 20 Cts.

LA HABANA

diciembre, enero,
febrero y marzo

La luz del mundo en la vida

Si tal hombre se diera cuenta fija de la luz del mundo en su tierra, de lo que de ausencia fúnebre, fugaz lejanía, imposible eterno hay en luz del mundo en su vida, esplendor que lo trae y lo lleva prendido en su engaño, no podría vivir sin dejarse quemar cada día, sin desaparecer en luz. La trisísima farsa bella de toda la luz del mundo en la vida ¿está en que la luz viene de tan afuera? Orilla, onda, ola de luz de un centro que no podemos situar ni cojer, que no situaremos ni cojeremos nunca.

Campos, mares, pueblos, rios, caminos de la tierra con luz de lo infinito eterno. Belleza y fealdad, mediocridad y altura humanas a la completa luz ausente. ¡Qué confusión de vida a la luz del mundo; qué salida de todas las putrefacciones sólidas, líquidas, gaseosas; qué falta de acomodación! Y todo grito a la luz del mundo en la tierra, por alegre que parezca, es de horror, de sorpresa, de duelo, de angustia, de desesperación, de odio.

Borracho de lo que sea que vas equivocando la losa de la acera, cojiéndote a la cal con luz resbalada del mundo, ¿a qué te cojes tan cierto sino al seguro imposible de la luz del mundo en lo blanco? Máscaras que huis en los febreros de la vida, a las plazas iluminadas de los ayuntamientos, a las cucañas con luz tardía del mundo en la punta, ¿a qué fin correis eferveciendo distintas sino al fin falso de la luz del mundo en el polo de la plaza? Locos, tontos, enfermos que, cuando os dá la luz del mundo todo, poneis esas caras sobresalientes a los otros, ¿qué corre por vuestros pobres cerebros sino la luz del mundo en la tierra, esta luz del extraño infinito de la vida, esta luz del mundo grande en el hueco, el vano de vuestras altas entrañas pequeñas? Y tú, aislada, blanca, escurrida, rota mujer de negro, que te desgañitas gritando al niño desnudo o andrajoso, revolcado en la luz poniente de las frisetas del mundo, ¿a quién le gritas sino a la luz del olvidado del mundo en el polvo?

La luz del mundo en la vida; espanto, broma, aullido, ironía incomprensibles. Tan alumbrados todos, todo, amor y muerte, paz y guerra, y todo tan negro, todos tan negros. ¡Para qué, para quién esta claridad cegadora? ¿Quién, qué nos enfoca y nos mira así, inánimes, vendidos, perdidos?

Y ver este solar, este lunar, este campo, esta laguna de la luz del mundo en la tierra ¿es el don sublime que lo otro le regala al poeta? ¡Valeroso, triste poeta que te encaras solo con lo encendido imposible, y a ratos, que mándote en el todo sin nada, en el coro de lo negro, encanece de estraña ceniza!

JUAN RAMON JIMENEZ.

Canción

De las lunas que dan en los montes
caen blancas aguas
que temen al alba.

Las palomas desnudas
que en ellas se bañan
no tienen más que alma.

Hasta abajo se pierden unidas,
hasta arriba se van solitarias.

Con los aires iré hasta las ondas,
iré hasta sus alas.

Juan Ramón Jiménez

Enero, 1939

Mi cuerpo mira a lo lejos
su alma desnuda en la arena,
tomando el sol de la muerte
junto a un río de tristezas.
Tan helada tiene el alma
que con la muerte se quema.
Un agua de olvido copia
mis recuerdos. Yo quisiera
que la muerte con su fuego
me dejase el alma negra,
volver a vivir tentando
en el pecho una tiniebla,
olvidar lo que he perdido,
perder lo que luego venga.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Sólo falta morir

Si tu aliento ya no calentara la tierra, mi sangre sabría encontrarlo.
Si tus manos se han perdido en la neblina de las paredes.
Si tus pasos caminan entre bosques de alcambres.
Es que seguramente tu canción se cumplica en los ojos de una transparente esfera perdida.
Dulce encontrarse en el día con tus miradas de estatua, con tus oídos como un paseo diario.
O el campo en los días Domingos.
El vestido te cuelga de una estrella y la noche se deshace de tus manos.
Navegando mi pensamiento de espada suspendida en esa flor perdida en el tranvía.
Oscuridad de recién nacidos.
Camina por la calle herida encontrar la sombra más pura de tu imagen de extraordinario reloj
o barco en movimiento.
No te asombres con la espera, los caminos vienen lentamente por la sangre.
Y una caricia guardada se levanta en medio del puerto, semeñando una paloma o un desgarrado lamento.
Un automóvil cruza el signo de la cruz y cien niños mueren al instante sin expresar su amor.
Recuerdas ese árbol sin fecha; nos sentamos pensando en el origen de nuestra belleza.
Y los caballos masticando su sancscio diario, galopaban por la hierba como jóvenes atletas
o antiguas vírgenes en trance de morir.
Y el recuerdo de tu primera noche, cuando sólo eras apenas pequeña cantidad de placer.
Y los mosas del hotel orgullosos de su brillo y sus botones, ordenando la mesa como un judío
y su cardero de Pascua.
Las hojas caen en el otoño y mi amor se acerca entre leves palabras y un combatir de guerreros.
Una bandera se crece y dos manos sollozan entre los piedras.
Una noche soñé abrazando la última tempestad del mar.

JUAN ARCOS

Scherzo

Quiero de albor fresco de mayo
que alterna azul y niebla fina,
perla y rosa; fuga y desmayo
de la marquesa Rosa-Arminda.

Al toque elusivo y tenaz
de sus pulsaciones fluidas
se ruboriza o palidece
la marquesa Rosa-Arminda.

Vuelvo a la luz, después del guño.
el ojo caudal, un leve sacrojo
que disimula o desvanece
inquieta al liviano coro.

El amante canta de cerca
como ingenua flor campesina
bajo la crepita luz cernida
de la boca que fluye sonrisas...

Y el lunar que se mece al ritmo
de la risa, —como en delicia—
es astro azul en cielo rosa
que su órbita propia acaricia.

En rosas, amarantes y grises,
¡qué mohín de sutil donaire
discretete el calado abámico
en su pura lengua de aitel!

El diálogo se inmaterializa
en la emanación de la fronda
y el filo de la mirada se aguja
en el ojo voluble que ronda.

Hurtó a la hora un don esquivo,
y en el marco que la cautiva
Rosa-Arminda, la marquesa,
se cerró como una sensitiva.

MARIANO BRULL.

La joven parca

¿Quién flora, sino el viento, simple, sobre esta hora
A solas, de diamantes extremos?... ¿Mas quién flora,
Tan cerca de mi mismo a tiempo con mis lágrimas?

Esta mano que a penas rozar mi rostro sueña,
Abandonada dócil a un designio profundo,
De mi flaqueza espera la lágrima que vierta.
Y que de mi destino lentamente apartada,
Lo más puro, en silencio, oculte un pecho en duelo.
La ola me murmura la sombra de un reproche,
O levanta de abajo, entre fillos de roca,
Como vencida cosa con amargor bebida,
Un rumor de querrela y de acoqueamientos...
¿Que haces tú, existida, mano yesta, qué haces,
Y qué estremecimiento de hoja ida, persiste
Entre vosotras, islas de mi desnudo seno?
Yo cintilo, al unísono de ese cielo ignorado...
Brilla el racimo inmenso en mi sed de desastres.

Forasteros omnímodos, inevitables astros
Que heredia lícido, sobre lo temporal lejano,
Yo no sé qué de puro, de sobrenatural;
Vosotros, que del hombre en lágrimas fundís
Los soberanos raptos, los invencibles armás,
Y los vislumbamientos de vuestra eternidad;
Ante vosotros, trémula, sola, fuera del lecho,
—Sobre el escollo que mordió la maravilla—
A mi pecho interrogo ¿qué dolor lo desvela,
Qué crimen por mí, o sobre mi misma, consumado?
... O si me sigue el mal de algún sueño recluso,
—Cuando en el soplo vuela el oro de la lámpara—
Con mis espesos brazos en torno de mis sienes,
¡Largo tiempo esperé de mi alma los destellos!
¡Toda!... más toda mía, y de mi carne dueña,
Pasmando a un calorífico su latitud extraña
Desde mis blancos brazos, suspensión a mi sangre,
Yo me miraba verme, situación, y dorbá
De mirada en mirada, mis bosques más profundos.

Mordido de una sierpe por allí la seguía.

¡Qué mudo de deseos, su colar!... ¡Qué desorden
De inencontrables tesoras a mi avidez robadas,
Y qué sed tan sombría de limpieza! ¡Oh engañal
En la lumbrecidad que el dolor me dejara,
Mas que sentime herida me sentí conocerme...
En el honcón del alma una punta me brota;
Ponzoña, mi ponzoña, me oculta y se conoce.
Y colosa una virgen enlataba a sí misma,
Celosa... ¿Mas de quién, colosa, amenazada?
¿Y qué silencio habla a mi poseor único?

¡Oh Dioses, en mi llaga una secreta hermana
Ardel... que se prefiere a la en extremo atenta...

(Primer fragmento del poema de Paul Valéry,

La Joven Parca.—Versión de Mariano Brull).

Playa

Altos cuerpos desnuda la luz fina
a contraluz del cielo y la redonda
entera vasta soledad marina
que el pájaro del viento hiere y ronda.

El zócalo de roca coralina
opone a la inconstancia de la onda
la gravidez esbelta de una andrina
escueta estiva de hermosa monda.

Costa de ardidá plaia blancarena
donde reposa una viril figura
de bronce agudo en la total blancura.

Un ala sola alitera la serena
virtud horizontal, y en el espacio
el silencio fabrica su palacio.

EMILIO BALLAGAS.

Las islas cambian manos

I

Pasamos con un chocar de monedas perdidas.
Ríe el verano dentro de tí con su cara pegada a los balcones.
Eres el ágil guante que se aprieta a mi brazo.
Al fondo de los últimos incendios mi amor te oprime.
Ya vas sola conociendo mi voz por tu garganta.
Nadie nos puede detener si la alegría abre su luz hoja por hoja desde nuestras pisadas.
Eres sabia el poder por estos parques abriendo tu soledad en formar de abanico.
Por esas panas tuyas reconozco también que otras huellas me aguardan.
Ser feliz es tener el mar volcado para cubrir el sueño,
la luz que nace por cada uno de sus años y respira.
Ser feliz es marchar brazo con brazo por una playa abandonada.
Creyéndose el amor a cada beso, volcándose de yerba a cada ola.
Ser feliz es correr con los pulcacos contrarios.
Dentro de nuestro aliento bien detrás de los vidrios.
Ver unos dedos que se desunen dichosos de llamarnos
E irse solitario con los últimos seres que murieron de júbilo.

II

Corriamos locos los puentes a trasmano.
Ninguno tenía prisa de morir.
Te echabas llorando por las olas perdidas, segura que la espuma te daría de brazos
para tu sonreír.
Todo andaba contrario, inundado los desiertos a la aurora, rompiendo nuestra calle
el final del estío, riendo por cada uno de sus triunfos resueltos.
Mi amor te saludaba, sollozando veranos detrás de los persianas.
Tu amor, tu amor obscuro me confundió la dicha.
Ahora me inundo los párpados con sus mujeres vanas echadas a morir.

III

No más que la sombra por sus huellas de coral ultra besado.
Que el mar su calavera de caballo de espaldas a los besos.
Que el amor de mis pies de reves a la tarde.
Y por la frente última del día tus lobos que aún ahora desvarían.
Se han de esconder el sol por sus cenizas.
Mi voz entre sus huesos calcinados.
Bogan los nudos sin destino.
Las alas al confin de los recuerdos.
Pasa el amor fulminando las sienes.
El mar se cierra en libros.
Mi amor en los cordeles.
Y la soledad última en los puños cerrados.
Vedla cogida por los guantes de la arena.
Mugiendo con su torre de costado.

ALBERTO BAEZA FLORES.

Soneto

Miguel de Unamuno.

Desde la nada entiende esperanzado
Como es la nada el todo que nos une
A golpes de una lanza que al costado
Sangre de nada aboca y lo consume.

De pie por bajo el suelo despertando
Rocas de cuerpos idos en el sueño
Hace noción de fatigoso hilando
Trebejos de nacer naciendo empeño.

Aun dice no a la prendida hora
Cuyo seco minuto le detuvo
Allende toda noche y toda aurora.

Aun dice no mostrando lo que tuvo
De la sombra de Dios con que se doró
Toda sombra hominal que en nada estuvo.

Poema

(Para Horacio Ledón).

This is the way the world ends
Not with a bang but a whimper.

T. S. Eliot.

Ha de nacer el pez para escalar tu rostro
Y la vestimenta fundida en cuerpos de amazonas
Saltando arrasando obscureciendo las delineadas rosas
Apuntala en el limo estas resplandecientes orañas
O destruye el espejo en que el minúsculo posea
Porque la tierra no basta para el hombre
Porque la tierra no basta para el hombre
Sólo sobre el planeta matrimonios de espadas
Sin menoscabo de espumas y respuestas
Adargas de tinieblas alçadas por delirios
Vacíaremos el mar bajo los anchos cráneos.

No con un golpe sino con un sollozo
Erige su castillo el positr gonfaloniero
Mientras son de manos nacidos encajes y estandarites
Clava en la colina su cuna de esperanzas
Vertiendo el seco hilo hasta ceñir la herida
O si va el cementerio atado a su bolsillo
Desespera aterra paraliza un aire de artificio
Pasado entre las nubes por gigantescas hembras
Cuálgo de nuevo el puente a la columna de sus dedos
Y levanta la noche lanzándola al jardín de anchos cráneos.

Cuando ya no se sabe
Y si no recupera su destino
Cuando ya no se sabe qué lamento inventar para una muerte.

Para una biografía de la Primavera

A Marcos Fingerli.

I

Si cable fijar fuera eternamente
O si adherida al incansable aire hicierase inmortal,
Si algún ciclo de algo más que la esperanza
Golpéase sin maldad la primavera,
Dormida primavera todavía, primavera hechizada
Entre su sueño por capullos secretos
Una escoria jamás utilizada.

Invariable confusión de el pétalo estremece
Como sin un mimen palpable convocara destinos.
Aprecia su jugosa vertical, su empeño definido
Cobrándole deslices —gallo en el agua o disco de metal—
Si pía indiferencia rebana esa tortura
Cascabel que sin arte envuelve los senderos
Y la cuna de tierra sin otra alternativa
Que echarse a sonreír.

Quizás, quién sabe?, quién sabe!, ¿quién sabe?
Cuanta tormenta de hijo inventariable
O montaña de plumas pasa sus dedos, raudamente pasa
Como por sobre tranzas, topacios, ruisaiñores,
Conciencia que del frío tiene el año,
Seguida aventura, interrogante cerco
Ya pronto va a ser órbita o vía láctea
Ramo de novia absolutamente opacigable

Asciende todavía en el secreto, himno
Y ya con todo arda rueda de oro, posibles moripocos
Que se agitan en este piazarán de cistecante contorno
Ni magos, ni imágenes revoladas, ni revuelos
Que sellos de Simbad saltan gozosos
Porque los ojos de un cisne lloran solos,
Sin permiso del alma, sin la anuencia
Forzosa del plumaje.

Rito o sonido exultante, marejada marina
Que en la arboleda vuelca tanto nácar y nínia,
Tintameantes vicivillas o navajos del hielo
Profundas llamaradas sedientos de aquel cofre
Que transmutando en iris aranca el cántico
A la piel de toda arquidea adornillada
Esperando el tic-tac o el guiso de una abeja.

Nacer, si la patena colmada de vellones
Alcanza por sí misma la alta nube
Nacer el oro derretido, los gorjeos triunfales
Brizados por palomas
Y quien sabe si pronto el mediodía
Faz a faz renacido o muerto sea
Demorado viaje o golpe de trompeta
Excitadamente se desploma—danza, nido, hilo de paz,—el cielo.

II

No niego que sea hermoso ignorar nuestro nombre
O el sitio subterráneo en que el cuerpo renace,
Sin unicornios ya, sin plateados centauros
Humo, unsono de arcángel,—morir—resulta indispensable.

Mas, factura de un requiebro inaplazable
Kamél de mardos, mortaja calcipada
Ocaltando su arribo en primavera
Hay tanto escaso de ramas protegido
Tal ceridumbre citada a los rosales
Que es posible trocar tomando en nacimiento
Cuánto hábito final vibra sonámbula.

Y si fuera preciso negar hasta la sombra
Sin desterrar los sueños a solos con el mundo
Si un juicio de sirenas decretos implacable
Convivencia entre seres despojados de torcos
Puede aventurarse el colibri tan hondo
Que una briza de hierba, un bautizo, una llave
Descubran sinceramente el lugar donde empieza
A construirse la noche.

Que más? No le basta a los ciervos
Tener tinte apropiado al manto de una estingie?
Noche o vallado luminoso atenderán preseneces
Este suma de anhelos, este cómo de quedarnos
Sin conciencia del cuerpo consistiendo de silabas
Un cielo ya obsecado por la nada que osume.

Prescindiendo los tactos ha de fijar tal cerco
Que no aspire a morir sin intacto sentido
Luego o después o antes o no dicta ya el tiempo
Fulgor de una entredicha peripécia de sangre
Sabrán siempre a despecho de los igneos recuerdos
Qué soñal y cierto resurge a lo cimero
Vuelco de luna y paz la primavera.

III

Conciliábulo perdido,
Inútil confesión que por su oído
Arrancara a la tierra una rosa inicial
Si ya cuajaba cuanta alborada necesaria
Despidiese infeliz ese invisible obrero
Que echara al vivo cielo primaverales discos.

Un órgano, un secreto violín agujereado
Subraya sin malicia, nadando por lo azul
Guirnalda, estallido, profesión de un solitario
Quizás que provocaron interrupción de alca o voluntades vencidas
Amor que ya resuena en gesto de primavera
Todo llama propicio, acuden prestos
El dardo, lo espiral, y el paraíso quedado sin serpiente.

Contra —disco de oro— que en mi mano arde
Levantaría un sacrificio de mil días,
Contra hipnosos y hechizo primavera
Vengo juicio después, borca de amolistas
Vengo desbordo marino hasta los tarsos
Y si estatuas surgieran, o si contusos
Anudados preces desgarrara una estingie
Lienzo, porción, objeto ante lo usual despreciería
Esta amoría verdad porque no cese.

Ahí Para que sean también sagradas las nociones
Ya no es posible —primavera— reducir lo viviente
A epístola encerrada, lustrados tulipanes
Bajo una gruta o manantial que espelnao sorpresivo

Que imagina seguidas posiciones pro gritos
Destruyendo esa oscura voluntad de morirse
Y erige —primaría primavera— incontundible destino
Hacia el salto estelar y el vagido rotundo.

Vivir sí, olvidado, yo ahora, irrecusable primavera
Vivir sin haber dado condiciones.

GASTON BAQUERO.

Me ciñes como un mar . . .

Me ciñes como un mar y eres mi playa.
¿Qué saludo me trae tu oculta ola?
¿Con qué además de nube o quilla sola
Tu ínfinita amistad en mí se ensaya?

Junto a tu sueño vivo, blanda playa.
Convíertes a lomas cendente ola.
Con tu presencia colinas su agua sola.
Y a tí otros la nave que se ensaya.

Tu mimo es un favonio y seple albricis
Sobre vigiliat sordas y cenizas
Antiguas redimidas en caricias.

Desde playa hasta nube en tu voz me izas.
Y en otro mar me dejas, sin malicias.
Amenecida el alma con tus brisas.

MÁRCOS FINGERIT.

(La Plata 1940).

Retrato interior

Tiene, más que lo cierto, la belleza
noble que va de corazón a rostro,
de alma total a atmósfera immanente.
Una flor del divino

aliento aprisionada
en dos brillantes ojos negros.

El beso del Espíritu
le da una aureola tímida de perla
eún soñadora

con el silencio oscuro de los mares.
Y en su firme cabeza el duro royo
de sol se funde en tance serica,

para escapar en los dorados bordes
como un ardiente vino de su copa.
Y porque está de pie sabe el lenguaje
que hablan el árbol y la estrella
en el momento único
bajo la luz que se resuelve en orto.

No quiere más que un canto
interminable y firme como el eco del mar:
reco en la voz airada, por galope
de truenos sobre gris cabalgadura:
o súave de quieta melodía,
color del oro justo
o de precisa eternidad azul y verde,
en esa línea donde están los besos
de las aguas del cielo con las nubes del mar.
Y después, el regalo
que de sus viajes trae a nube y viento:
la gruta de rocío,
la silenciosa brisa,
la luz quebrada en iris al ocaso
—mejor: la inmensa luz
violeta y gris
del alba,
(la luz inmensa
gris y violeta
del alma.)

Momento de cielo

Y desde allí miró:
su cuerpo desconaba en sueño largo,
inútil con su sangre indiferente.
Pero desde la altura,
hermano de las nubes, asomado
a una esquina del cielo,
se veía en lo hondo aprisionado
al dolor, a la risa,
cuando con él, ahora, estaba
el azul-negro y la total ausencia.
¿Dónde aquella mirada?
¿Dónde la lágrima? ¿Dónde
el triste pensamiento?

Allí sí, abajo revolaban
dentro y sobre su cuerpo.
Los dardos con su punta,
los agudos cuchillos:
los deseos allí, con su pequeño
círculo de palabras y suspiros.
Pero los sueños, qué altos
ahora con él sobre las nubes
asomado
a una esquina del cielo.
Ahora cerca del sol eterno,
cerca de Dios, cerca de nieves puras,
en la deslumbradora Presencia transformado.

No era mirar la altura
que estaba sobre él. Delicia era
de saberse más alto que el dolor,
puro sobre su cielo,
tranquilo ya sobre sus lágrimas,
grande sobre su amor de tierra,
firme sobre columna de aire y nubes.

Estar así, donde se juntan
los días y las noches.
Donde al pensar se encienden más estrellas.
Donde se sueña, y nace Dios.
Donde Dios ha nacido en nuestro sueño.
Alto, para estar libre.
Libre, solo y etéreo.
Cómo veía inútil
desde su altura el cuerpo.

Y qué color de rojos a sus pies;
de amarillo y violeta del ocaso;
de grises, de girones duros
y, después, a la ausencia momentánea
del sol para su cuerpo en tierra,
los cruzados tintes y las sombras
como unos pensamientos sombríos de la luna.

Pero desde él, desde la altura,
la sombra de allá abajo parecía
un color que se muda entre dos puntos,
entre el ya y el aún. El impreciso
resbalar de la luz por la penumbra.

Sueño del sueño.
Su éxtasis de hombre junto al cielo,
a la entrada de Dios,
frente a la puerta libre y ancha
de su más noble pensamiento.

EUGENIO FLORIT.

Soneto

Marchen en fría fuga de figuras
—río roto de estatuas y lamentos—
golpeándome el sueño con oscuras
manos de nubes y aguas de tormento.

Tormento sí, ceniza, que asegura
verdad de polvo y heno el fundamento
y entre olvidos de mármol, la hermosura,
lápida pasión, función del viento.

Un día fuiste mantenida historia
ofrecida en la espiga armonizada
torre de música, frutada gloria,

de memorables ángeles sesgada.
Mas fuiste, oh forma, forma transitoria,
y hoy sólo eres nieve serendada.

Soneto

Sueñas la perfección de sorprendente
llama, fugada en halos de tu pecho
sereno y resuelto de la huida
clara y conforme al ser del "esto es hecho".

Oh tu paso final. Con qué derecho
salto de alma en su ardor enardecida
llegas triunfando cielos con estrecho
ramo la frente de ángeles ceñida.

Y ya en tu gracia de vida por soñada
—roto, al muro el cuerpo, sombra el frío
en segura posición organizador

debidamente abejo, boca de rocío,
híbilmente de la Dicha Suplicada
tratada en hondos ímpetus de río.

Siento ahora golpes de agua en mi frente

Siento ahora golpes de agua en mi frente
que aceleran mi sangre con ímpetu claro de gracia.
Es profunda la noche como un pozo, como el pozo que soñara
de la eterna Palabra, el diálogo del agua viva
donde ha de hundir el alma, para el fruto la pasión de sus raíces.
Una estrella me moja los labios con los altos rocíos de su cielo.
Es profunda la noche y grandes los golpes del agua...
pero siento paz honda por la estrella que gobierna mi frente,
una paz tan activa, como la llama, cuando embiste a la arista.
Esa llama se ha lanzado por secretos y seguras galerías en mi pecho
y se ha prendido en mi costado, y como a zarza le quema sin gustarlo.
Quisiera callar, mientras siento los secretos estallidos de la llama.
Quisiera callar... pero es el amor quien en mí levanta su canción altísima,
su canción ardiente y perfecta y redonda como una granada.
Quisiera callar... pero su ardor irresistible es quien mueve mi voz
esta noche, en que estoy encumbrado como en monte de delicias,
tan cercano, ay, del cielo que podría arrancar con las manos
el árbol de la noche tan florido, la emoción tan clara de sus frutos.
Oh noche, monte ilustre, alto, cuajado paraíso,
receceado por la estrella, fruto que en mi mano inventa un cielo
que examina mi garganta y la enciende un nuevo cántico.
Cántico de unión perfecta en esta música callada,
aprendida, oh estrella, en el blanco y conmovido manar de tus lumbres,
aguas vivas, altas, que han apagado las ansias fáciles de los surtidores
al logrado solido del trébol del pájaro y del rabal del ángel.
Un comienzo de aurora: por la luz de tu rostro, rompe el centro del alma
y me siento invadido todo de una caudalosa avenida de música
toda iluminada, oh amor, por las claras vihuelas de tus infantes de espuma.
Oh divina lumbreada. Como por cantar tu nombre, madrugan los trinos,
se encienden las fuentes de fonos y de lirios halos los campanos.
Yo sé que toda la hermosura del campo sueña a la sombra de tu gracia:
sé que por tí el aire se ilumina y se esclarece el agua:
pero sé también que nada, sino tú, puede dar paz a los mares,
y nada pueden llegar a decirme los claros aleyunas de la espuma,
los ríos, las fuentes, los aires, los árboles, los pájaros y las campanas.
Qué vos podrá contarme de tu nombre, si tú no eres el que me contas.

Como podría cantarte esta noche, si tú no eres el que me cantas.
 Canta por mí, cántate, cántame la canción de tus labios hermosos,
 la canción que cantas cuando apocientas las estrellas y las llamas por su nombre
 eternizándome el recuerdo de esta noche limpia de finiblabas,
 cuando has cantado tu mejor estrella y la cueleigas tan cerca de mi pecho,
 que siento me educa un cielo, vibrante en las aristas vehementes,
 esas, que han hundido sus raíces temblorosas en mis centros
 donde un vigor de aguas prepara un salto a definidos claridades:
 salto que ya el amor le ha dicho la porfía, la distancia y la conquista.
 Oh perfecto y vivo salto. Salto a gloria de estrella, a flor de cielo,
 en gracia de la sal de tu palabra, porque es eterno el hombre.
 Sal de tu gracia. La que entrega nueva vida, que tanto enciende la esperanza,
 tanto el labio sabe y pregunta la garganta su presencia,
 que si canto, tú eres la canción organizada de mi canto,
 que si amo tú eres la función vehementemente de mi llamo,
 en todas las presencias misteriosas, con todas las noticias inefables
 que expresa la noche en su silencio sonoro, cuando están tus oídos siempre alerta
 y tu pecho siempre abierto, patria final y florida de la palma.
 Oh amor! oh estrella que plateas y esclareas las pasiones de esta noche
 y aderezas en su cumbre de delicias esta cena memorable
 en que es el manjar más dulce la visión de contemplarte frente a frente.
 Oh amor! organízame la palabra pura y limpio, que diga tu nombre.
 Tu nombre que nos quema la lengua, el labio y el suspiro,
 flechadura del pecho, tallo vivo que busca su flor
 y hace de la boca, granada, estación de la llama,
 cuando la alimenta la blanca flor de la herina, pez de gracia o nieve.
 Qué bien te reconozco, oh perfil imborrable, oh estrella, noticia iluminada,
 ahora que presides, en esta clara noche, el más hermoso día.
 Oh noche, oh cena dulcísima, oh visión encendida en la luz de tu rostro.
 Oh manjar, que te come el hombre y se encumbra más que el ángel,
 cuando todo el cielo emigra, derramándose en su pecho,
 enciende la sangre y hace del alma, tálamo de Dios, selectísimo.
 Adhiérete a mi lengua, oh clara y viva pasión de lumbres,
 Adhiérete a mi pecho, tierra apurada y propicia
 a la emoción de la flor del trigo, sorpresa mejor de la espiga.
 Quemar mis pasiones con tu purísimo sangre, con el chorro del pecho del Cordero
 que vigila mi sueño sobre el libro de los siete sellos.
 Con tus siete sellos, sella, para todo lo que no seces tú, mi sangre.
 Sazonala con la sal de tu gracia, sal de tu estrella, prenda de eternidad.
 Y mi nombre, Señor, escríbelo con el fuego de tu sangre,
 de tu sangre imborrable, más rica que la plata y el oro, en el libro de la Vida.
 Es todo lo que quiero pedirte. Amor, en esta noche a la paz de tus estrellas.

P. ANGEL GAZTELU.
 1939

Soledad

Solo, en la soledad
 de mi propio olvido,
 sin una hoja tierna
 ni un grano de trigo,
 sin el pulso del agua
 y la mudeza, callado
 al dolor de la sangre
 y al saludo del polvo,
 sin sudor ni huecos
 en el alma, perdido



en la oscura raíz
del árbol, devuelto
a la luz y al aire
del alibo y la sierpe,
tan cerca y distante
del tacto y la sombra,
del río y de la casa...
Apenas el recuerdo
de una mano, de una voz
que deja a su peso
un rastro nocturno
de cobre y de sciliva.
Todo ésto, más el peso
de una flor de acero
y el claro destino
de la onda y del ave,
del nido y de la piedra,
y aún más que oculta
la llama y el silencio
y mi tranquilo perfil
de antiguas soledades.

RAMON GUIRAO.

Noche insular: Jardines invisibles

(A María Zambrano y Concha Albornoz).

Más que lebrél, ligero y dividido
al esparcir su dulce acometida,
los miembros suyos, amillos y fragmentos,
ruecan, desobedientes son,
el tiempo enemistado.
Su vago verde gira
en la estación más breve del rocío
que no revela al cuerpo
su oscura caja de cristales.
El mundo suave desespera
su casta acometida,
y los hombres contados y furiosos,
como animales de unidad ruinosa,
dulcemente peinados, sobre nubes.

Cantidades rosadas de ventanas
crecidas en estío,
no preguntan ni endulzan ni enamoran,
ni sus posibles sueños divinizan
los números hinchados, hipogrifos
que adormecen sonámbulos tijeras,
blancas quedejas de guitarras,
caballos que la lluvia ciñe
de llaves breves y de lomas suaves.

Lenta y muestra la ventana al fuego,
en la extensión más ciega del imperio,
vuelve tocando el sigiloso juego
del arenado timbre de las jarras.
No podrá hinchar a las campanas
la rica tela de su pesadumbre,

y su duro tesón, lienda
con los grotescos signos del destierro,
como estatua por ríos conducida,
disolviéndose va, ciega labrándose,
o ironizando sus préstamos de gloria.

El halcón que el agua no acorrala,
extiende su amarillo halado,
su rumor de pronto despertado
como el rocío que borra las pisadas
y agranda los signos manuales
del hastío, la tra y el desdén.
Justa la seriedad del agua arrebatada,
sus pasiones ganando su recreo.
Su rumor nadando por el techo
de la mansión sinistra agujerada.

Ofreciendo a la brisa sus torneos,
el halcón remueve la arena de su llama,
su amarillo helado.
Mudo, cerrado huerto
donde la cifra empieza el desvarío.
Oh cautelosa, diosa mía del mar,
tus silenciosas grutas abandonadas,
llueve en todas las grutas tus silencios
que la nieve derrite suavemente
como la flor por el sueño invadida.
Oh flor rota, escama dolorida,
evolucras de cruídos lentísimos,
en vuestros mundos de pasión alterada,
quedad como la sombra que al cuerpo
abandonando se entretiene eternamente
entre el río y el eco.

Verdes insectos portando sus fanales
se pierden en la voz lúbrica silenciosa.
Cenizas, dancetes de rencor apagado,
sus dolorosos silencios, sus errantes
espirales de ceniza y de cieno,
pierden suavemente entregados
en escamas y en frente acorralada.
Aun sin existir el marfil dignifica
el cansancio como los cuadrados negros
de un cielo ligero.
La esbeltez eterna del gamo
suena sus flautas invisibles,
como el insecto de soledad verdeoro.
El agua con sus piernas escuetas
piensa entre rocas sencillas,
y se abraza con el humo sintético
que crece sin sonido.
Joven camargo, oh cautelosa,
en tus jardines de humedad conocida
trocado en ciervo el javen
que de noche arrancaba las flores
con su balanza para el agua nocturna.
Escarcha envolvente su gemido.
Tú, el seductor, airado con
de liviana llama entretejido,
perro de llamas y maldito,
entre rocas nevadas y frentes de desazón
verdinegra, suavemente poseando.
Tocando en lentas gotas dulces
la piel deshecha en remolinos humeantes.

La misma pequeños de la luz
adivina los más lejanos rostros.
La luz vendrá mansa y trezando
el aire con el agua apenas recordada.
Aun el surtidor sin su espada ligera.
Brevidad de esta luz, delicadeza suma.
En tus palacios de cúpulas rodadas,
los jardines y su gravedad de húmeda orquesta
respiran con el plumón de viajeros pintados.
Perdidos en las ciudades marinas
los corceles suspiran acariciados definiciones.
ciegos portadores de limones y almejas.
No es en vuestros corajes de morados violines
donde la noche golpea.
Inadvertidas nubes y el hombre invisible,
jardines lentamente iniciando
el débil ruiseñor hilando los carbunclos
de la entrecalierta siesta
y el parado río de la muerte.

La mar violeta añora el nacimiento de los dioses.
ya que hacer es aquí una fiesta inabarcable,
un redoble de corajes y tritones relinando.
La mar inmóvil y el aire sin sus aves,
dulce horror el nacimiento de la ciudad
apenas recordada.
Los avces y el caracol de escritura sombría
contemplan desfilar prisioneros
en sus pasos de límites sinistros,
pintados efebos en su lejano ruido,
ángeles mustios tras sus flautas,
brevemente sonando sus cadenas.

Entrad desnudos en vuestros lechos marmóreos.
Vivid y recordad como los viajeros pintados,
ciudades giratorias, líquidos jardines verdinegros,
mar envolvente, violeta, luz opacada,
delicadeza suma, aire gracioso, ligero,
como los animales de sueño irremplazable,
¿o acaso como angélico jinete de la luz
prefieres habitar el canto desprendido
de la nube increada naciendo en el espejo,
o del invisible rostro que mora entre el peine y el lago?

La luz grata,
penetradora de los cuerpos bruñidos,
cristal que el fuego fortifica,
envía sus agradables sumas de rocía.
En esos mundos blandos el hombre despezera,
como el vacío del que parten corceles,
extiende el jazmín y las nubes bosteza.
Dioses si no ordenan, olvidan,
separan el rocío del verdor mortecino.
Pero la última noche venerable
guardaba el pez arrastrado, su agonía
de agujas carmeses,
como marinero de blandas cenizas
y altiava rosada.

Entre tubos de vidrio o giratos
dispinuye su cielo despedido,
su lengua apunadora
de canarios y antilopas cifradas
con dulces marcos y avisado cuello.
Sus breves conductas redoradas
por colecciones de sedientos frescas,

porcelana o bambú, signo de grulla
relamida, ave llama, gualda,
ave mojada, brevemente mecida.
Jardines de laca limitados
por el cielo que pinta
lo que la mano dulcemente borra.
Noble medida del tiempo acariciado.
En su son durmiente las horas revolaban
y palomas y arenas lo cubrían.

Una caricia de ese eterno musgo,
mansas caderas de ese suave oleaje,
el planeta lejano las gobierna
con su aliento de plata acompañante.
Alzase en el coro la voz reclamada.
Trecena las niñas la muerte y la gracia
que diminuto rocío al dios se ofrecen.
Dance la luz ocultando su rostro.
Y vuelvan crepúsculos y flautas
divagando en el aire sus sonrisas.

Iniciense los címbalos y ahuyentada
oscuros animales de frente llovinada;
a la noche mintiendo inexpressiva
grosos animales sembrados en la piedra,
robustos candelabros y cuernas
de culpable metal y son huido.
Desterrando agrietado el arco mensajero
la transparencia del sonido muere.
El verdastro de las flautas rompe
entretejidos entlopes de nieve corpulenta
y de abreviados pasos que a la nube atormentan.
¿Puede acaso el granizo armándose
en el sueño, siguiendo sus heridas,
preguntar en la nube o el rostro?
Tance la luz reconciliando
al hombre con sus dioses desafiados.
Ambos sonrientes, diciendo
los vencimientos de la muerte universal
y la calidat tranquila de la luz.

I. LEZAMA LIMA.

Dejadme

¡Dejadme que gota a gota
beba en fuentes del olvido,
que fui por sendas difíciles
y es mucho lo que he vivido!

¡Dejadme ya que me siento
bajo algún árbol florido,
entre una soledad grande
como pájaro perdidó,
respiando auras, nortes,
este y oeste fingidos.
¡Dejadme que me recobre
dialada de mis sentidos!

Cabellos de ceniza

Cabellos de ceniza tiene el tiempo
y tónica de niebla y cautividad.
Yo lo veo pasar, —ángel sin alas—
con sus pupilas inmensamente abiertas.

Yo lo veo pasar y me pregunto:
¿Qué pensará este extraño personaje
al cruzar por nosotros, animándonos,
dándonos una luz, dándonos sombras,
acelerando a veces nuestro ritmo,
o dejándonos quietos desalmados?

Prende fuego al amor, y nos abraza.
Después nos quita lo que nos ha dado.

En este juego ¿cómo se divierte!

Tal vez se venga de ser nuestro guía.
Y la razón... ¿Cómo nos la va dando!
¡Y cómo nos la nubla en el deshielo!

Después nos pone cielos que no existen.
¡Terribles mensajeros de este mundo,
cómo te halaga ser lo que más te cuesto!
Sin tí no existirían las pasiones
ni las miserias ni la misma inercia
frente a la Nada, tú mágico sueño.

Que duelo

Qué duelo es esta cosa de vivir sosteniendo
la cabeza que piensas!

Sobre el mástil del cuerpo
se la siente bandera ondeando inconsolable.

Vientos de todas partes a sacudirla llegan,
sin que ninguna reposo la libre del cansancio,
ni siquiera el reposo que pudo ser el sueño.

¡A viento y contraviento, los fantasmas del aire
cómo llegan y pueden!

¡Cómo se ven las flores del vivir deshojarse!
No hay árbol de la ciencia. No hay secreto escondido.
Si el ser busca la fórmula, es para destruirse.
En el límite oscuro se han dado todas cita.

Extraño corazón

Extraño corazón que me sostienes
y me llevas del duelo a la alegría,
no aceleres tu marcha, no me muevas
casi a los cuatro vientos de mi vida!
que entre esos cuatro vientos me deshago
entre tinieblas, luces, y agonías.

¡Déjame descansar siquiera un tiempo
reposando del sueño en los orlillos,
en la irrealidad, sin un deseo
ni siquiera el de ser lo que querría!

CONCHA MENDEZ.

Poesía

Suicidio de palabras.
Escena loca
para viento y rama,
y para tí
callada Poesía.

La hoja

Ante la hoja
soy como otra hoja:
un juego para el aire.

Espada

Breve tropel de luz:
Viento en escombros
con su cruzado viento
girá en la sangre
bajo un grito de luz
que no se nombra.

Composición No. 1

Aquella luz detrás.
Aquel ojo de piedra
vigilando el temblor.
Aquel pulido mundo
de la risa girando perseguida.
Grandes ligeras grises
certan coracines simbólicos.
Nadie naca preguntas.
Las respuestas espejos
a la madre se acogen imposibles.
Un hombre?
Un hombre trepa por la escalera
de su espalda.
Cuando vuelve se ríe.

Composición No. 2

Distancia de la luz en arco apenas
donde el espacio roto se abandona
en viva línea de paisaje antiguo.
El grave espacio olvida su principio
diluyéndose en tiempo,
en escama de pez,
en agua simple.
No fueron más los ángeles rumor.
No fueron más los pies presagio interminable.
Se vistió la palabra de palabra.
Así vestida se marchó al suplicio.

La gracia

Qué curva suspendida de los cielos:
órbita, espejo, gaso de cristales,
se abate aquí en la frente con un vuelo
de encendidas estrellas musicales?

Qué sus ancia evadida de la tierra
viene en ángel, en luz, en hermosura:
en escala perfecta de locura
a darme la canción, el verso, el viento?

A dorme, sí, la gracia en fina herida:
hilo sutil de miel que pone gusto
de cosa sictoral a mi desvelo.

Por fijos ojos de dibujo adusto
cata de luz serena el desconuelo
que mana de la fuente de la vida.

Tránsito de la rosa

Preside soledad un aire fino
ausente ahora de su eterno juego:
enlutado clavel convoca el ruego
clavándose de piedra en el camino.

Bajo el presagio de sus pies divinos
ser en relieve se contempla el fuego:
crepitante decir en punta luego
por loca exhalación de su destino.

Estático vergel se representa
antifona de olor su mudo llanto,
que ya vibra silencio voz hermosa.

Tiempo en necturnas filis del espanto
abre su mano el mar donde sepulta
definitivamente muerta rosa.

Nacimiento del mar

Finos fantasmas sueñan de neblina
alias fugas danzando los reflejos
marinos de la sal, que los espejos
muestra sonoros de garganta fina.

Sobre la costa espuma esbelta inclina
el vuelo de la luz un tono viejo,
y el dorso de las rocas en cortejo
un punto inicia la ansiedad marina.

Vasto coral estrella se desnuda:
Integra imagen firme sin la sombra
que ausiera madre de su aliento crea:

mágico signo de la estela muda
ostenta bajo el viento que se casombra
el ánima abisal de las mareas.

Estancias de los cuatro elementos

I

AGUA

Por armoniosos cuerpos prometida
bajas agua ejemplar en jerarquía
de señora lustral hasta la pena.
Herida bajas por un loco fuego,
desordenada en húmedo menaje
de gozosa demencia que te impulsa
a calmar ansiedad de amarga tierra.
Hija de la tristezas de la nube
que a luz te da por légtimas sonoras,
en cada gota de tu estatua llevas
el celeste principio, el fuerte trueno
convocador de pies, brazos, pesuños:
alegres actitudes, breve tránsito.

Espléndida sustancia inexplicable
en trampa muerta de silencio vivo.
Íntima noche blanca reflejando
el remoto pasado de unos labios
con tu palatina en cruz adormecida.
No me digas que delicada ley
preside tus sonoras caminos,
las sabias formas donde te modelas
vientre del mar, caballo por el cielo,
desenfado de jarro, húmedos cuerpos finos.

No dicca de cristal y helado espejo
tu fluyente misterio solicita.
Si flecha incia embriagado vuelo
dóctiles hilas trémulas doncellas
mojados filos de principio antiguo.
Si nevado esplendor preside formas
donde silencios mueven armonías
cautas doncellas sus agujas dictan
sentencia aguda gravitando lírica.

Fieras luchaban torre y voz.
Si el olivo invitara a la paloma.
Bellas rodaron por un sueño simple.
Ya paloma y olivo se despiden.
Como ascendía en círculos la muerte.
Como callaba el corazón del mundo
con su inútil paloma de agua triste.
Que lentas manos lentas conducción
perfectas ondas de blancura vivo.

VIRGILIO PIÑERA.

Laberinto del agua

Nardo y perfil en ríos aventura
a la ciega presencia del sonido.
Derada flauta llueve en el olvido
donde el musgo devora la escultura.

Rosas acompañan en la siesta pura
del umbroso minuto sin sentido,
y el clamor de Narciso sumergido
turba el aire glacial de la hermosura.

Pájaro y bosque enhebra suspirando
entre vivas y lentas conchas frías
donde en olas de luz se está besando.

¡Lamidos juncos, escondidas flores,
árbol de ignoto cielo palpitando
en un largo final de surtidores!

Romance de cazadores

Duerme el agua y el lebrél.
Entre raíces enormes,
diminutas y sonámbulos
se pierden los cazadores.

Cuernos tralificados tocan
entre las hojas; se esconden
en la orilla del clavel
viejos enanos del bosque.

Tres puertas de oro cierran
el recinto de la noche.

Al sur oscuro del río,
la media luna de azogue,
consteladas espesuras
delata en los pardos montes.

Cuando los cuernos se apagan,
el vasto silencio opone
a la sola voz del viento
su larga frontera doble.

Se encienden en la penumbra
cien luciérnagas insomnes,
mientras reptan un clamoroso
rastros de arena salobre.

Qué largo clamor antiguo
de marinos caracoles
en los oídos del ciervo
despierta avispa de cobre.

¡Qué pulso de vena heridal
¡Qué enloquecido galope
fríos juncos estrangula
y oscuros silencios rompe!
Tiembla el álamo aterido
y el mar al cuerno responde.
Por los troncos trepa un vivo
hormiguero de rumeros.
Oh, rosa mediterránea,
dolor de sueño sin nortel
Desorientado y confuso
desvelo de cazadores!

Elegía

Sale del mar la rosa que te sueña
y en el recuerdo largamente flota.
Sale del mar el aire, la alegría,
el hálito tan puro que traspassa
con un fulgor de amanecer tu ausencia.
¡Qué órbita azul, qué sueño desmedida!
Limpia de flor la lietra reverdecida
y, múltiple, tu cuerpo se agiganta
en el aliento de la primavera.
Venamente la noche de la muerte
hurta tu rostro de esplendor antiguo
a la amorosa soledad que vivo
sollozando tu nombre y los rosales.

Sobre tus ojos de perdida luna
gira la lluvia delicadamente
y su rumor de dulces trébol siento
atravesar mi frente desolada.
Desnúdate tu sombra en apariencia
de melódica luz acariciada
y de mi pecho, desbrozando nubes,
llega a tu cielo un lirio interminable.
¡Qué nostalgia de ti, qué largo olvido!
El agua y su ternura de alameda
llevan mi lenta sangre agradecida
y oigo tu muerte constelada de oro
en mis sentidos prolongar tu forma
al aire tuyo que mi voz herida
y permanece el tiempo a mis espaldas.

Frio silencio yace donde rota
pura estrella de ti se desvanece
y la penumbra invade la vejestancia
donde mi voz y el viento te imaginan.
Plata viva de mar lejano suena
y su lenguaje de corola canta
tu ayer de adolescentes abedules
y la cortada flor de tu palabra.
Eremo tu perfil queda en la ausencia
junto al largo minuto que residio
ya centauro de luz la inmensa noche
sobre el dormido valle de tu muerte.
Sordó rumor de venas estremece
húmedas hojas verdes extendidas
y batallan la luz y las raíces
y con ceniza y lágrimas y sueño,
mientras llega el sollozo a mi garganta.

La música de un arpa no nacida

La música de un arpa no nacida
incorpora mi piel a tus sentidos,
mis cabellos al aire que respiras.
Dulces espigas clavan a mi lengua
ángeles de furor y luz armados
y modula mi voz tu claro nombre
con acento nocturno de agonía.
¡Qué airada estrella, livida, subleva
el ámbito que ocupa mi apariencia
y defiende tu sueño tenazmente!
Sierpes de niebla velean el minuto
en que terriblemente palidezca
y con gesto de estatua envejecida
una rosa de odio te devuelvo.

Destierro

Duermes ya. La marea
de tu sueño te lleva
más allá de tu cuerpo.
Respira la cunura y
tiemblan las hojas. Qué cielo
de raíz iluminada
devoran tus ojos lentos!

Las veredas
se pierden en la luna
y el suspiro en el recuerdo.

Borroso, entre árboles trémulos,
qué lejano tu perfil,
melódica luz lloviendo.
Cien ángeles de agua viva,
entre locura y sonrisa,
enredan tu pensamiento.

Desnuda tú, entre la lluvia,
forma de música huyendo,
escapas al ruiseñor
enloquecido del viento!

Mas tu voz se quema en una
llama de asombro y desvelo.
Y, lenta, se desvanece
como lirio sin aliento.
Flotas, helada, en un río
de tinieblas y misterio,
más allá de esta ribera
en donde queda tu cuerpo.

Las veredas
se pierden en la luna
y el suspiro en el recuerdo.

JUSTO RODRIGUEZ SANTOS.

Soneto a la luna

(Para G. Baquero)

Cuando subes tras pobos peregrinos
delinando tu ardor sus frescas aguas,
quién dijese lo que en la curva fraguas,
cujeranda virgen de los trinos.

¡Luego truceas los rosas o los mates
por fúbia nube de gentil paseo,
tu diadema de duro clemeneo
desgracias espumando circulares.

¿Qué hacer ante la piedra vertical
de ese frío surtir mi sangre breve,
torre a torre de hondo campo final?

Oh girado mujer si no se estreve.
¿Morir ante esa ciata infernal
segura de su manto y de su nieve?

Preludio

La mar toñe
gracioso decaordio.

Con su cirio
el aire va entrando
en la sombra de los cedros

Nubes detenidas
nublan los vitrales
de fronda abatida. Cual abejas
o lágrimas suenan los ancianos.

Las huestes del aire
con sus cirios
cantan a la sombra de los cedros.

Ilumine y abra nuestra lira
la paz
de la estrella.

Amor

Segado en el trigo,
pescado en la red,
oye, pueblo mío, y hablaré,
pueblo de errantes augurias,
de empinado país blanqueado
más que la nieve.

¿Por qué,
dulce figura, seguir
tu paso divino sobre hollados campos,
tu roca fiera a través de mí?
Oye, madre mía, y hablaré,
madre mía de llorados ojos
en el hueco frío de la yerba.

CYNTHIO VITIER.

1939.

El trompetero místico

(Traducción de Cynthio Vitier y Eliseo Diego)

1

Atended, algún virgen trompetero, algún extraño músico,
rodador invisible en el aire, tremola al azar esta noche.

Te oigo a ti, trompetero, espionado alerta caso tus notas,
ora en diluvio, en revuelo como tempestad rotéandome,
calcísimo después, y subyugado, ya en distancias perdido.

2

Acércate más, tú, escapado de carne, quizá resuena en ti
algún muerto rapsoda, quizá tu existencia pensativa
plena fué de aspiraciones altas, balucientes ideales,
olas, musicales océanos, en caos erigiéndose,
porque ahora, espíritu absorto, inclinado muy junto a mí,
tu trompa tramante de ecos
a oído alguno atreces, sino al mío, libremente al mío,
para que pueda yo traducirte.

3

Toca, trompetero libre y claro, yo te sigo,
mientras a tu limpio preludio, alegre, sereno,
el frozado mundo, las calles, las ruidosas horas del día
vanse desvaneciendo,
sentia calma descendiendo como rocío sobre mí,
ando en fría y refrescante noche las sendas del Paraíso,
huelo la hierba, el húmedo aire y las rosas;
tu canto expande mi entumecido espíritu sin lindes, tú me libertas,
me lanzas
flotando y soleado por el logo del cielo.

4

Toca otra vez, trompetero! y para mis ojos de sensual ternura
haca las antiguas pompas, muéstrame el mundo feudal.
¿Qué encanto trabaje tu música!, tú haces posar ante mí
damas y señores fejanamente muertos, están los barones
en los pasajes de sus castillos,
los troveros están cantando,
armados caballeros cruzan, que van a reparar agravios,
algunos en busca del Santo Grial,
veo los torneos, los paladines en pesadas armaduras encajados
sobre gallardos corceles de batalla,
oigo el vocerío, el sonido de reveses y de herido acero;
veo las tumultuosas huestes de los cruzados —oíd, cómo
retumban los cimbalos,
ved dónde marchan los monjes llevando alzada la cruz.

5

Toca otra vez, trompetero! y por tema
escoge ahora el que a todo circunda, que disuelve, que engasta,
amor, que es íntegro pulso, sustento y agonía,
corazón de hombre y de mujer arrasado hacia amor,
no otro tema sino amor —que entrehilla, que silita,
que prepega absoluto amor,
Oh, cómo los fantasmas inmortales se agolpan en torno mío.

Yo veo el crisol inmenso que trabaja siempre, conozco las llamas
que ceta y arde el mundo,
sonrojados, numinosos, urgidos corazones de los amantes,
bienaventurados algunos, y en silencio algunos, tranochados
de muerte,
amor, toda la tierra para amantes —amor, que burla tiempos
extendidos,
amor, que es día y es noche —amor, que es sol y luna y estrellas,
amor, que es purpúreo, suntuoso, enfermo de perfume,
no otras palabras que palabras de amor, no otro pensamiento sino amor.

6

Toca otra vez, trompetero —conjura tú bélicas alarmas.
Calosfríante albor a tu hechizo, súbito, como rodar de truenos
lejanos,
allí, mirad, hombres de armas se aprestan —ved cuál triunfan
de nubes de polvo lanzas de luces,
artilleros de rígido rostro que baña brillante naranja en medio
del humo, crepitar de batalla creciente;
mas no la guerra sólo: tu himno pavoroso, tu súplica salvaje,
cada escena de horror devota,
los hechos de impíos malhechores —¡lantos, cid, —rapaña, crimen,—
reclamando prójimo!
Yo veo barcos en el mar hundiéndose, sobre cubierta y bajo cubierta
yo asisto a los lenzos vivos terribles.

7

Oh trompetero, imagino que soy el instrumento tuyo,
tú fundes mi corazón, mi mente —los excitas, dibujas, truecas
a tu voluntad;
y ahora tu acento severo envía sombras a través de mí,
toda alentadora luz diluyes, toda esperanza,
derrocados, heridos, siervos están en mis ojos,
opresión de tierra total,
me coge inmedible vergüenza y vencimiento de mi raza,
devienen sólo mias,
mía su sangre vengadora, la injuria milenaria, feudo frustrado y odio,
derrota aplastante pesa sobre mí.
(Y aún en medio de ruinas, Orgullo colosal no abatible hasta el fin,
se yergue,
terquedad, denuedo, hasta el fin.)

8

Ahora, trompetero, para el término,
permite el esfuerzo más alto,
canta a mi alma, renueva su fe y esperanza decadentes,
eleva mi lento confiar, concédeme alguna visión de mañana,
por una vez regala su profecía y gozo.
¡Oh alegre, exultante, cima de canto!
Primavera mejor que de flores vive en tus notas,
curtímas de triunfo — libre el hombre — logrado el héroe,
aleluyas al Dios universal del hombre universal — ¡júbilo todo!
Renacida estirpe ciborea — patria de perfectos, júbilo todo!
Mujeres y hombres en ciencia, inocencia, roca de salud — ¡júbilo todo!
Reídas bucales de júbilo pleno!
Peleadoras angustias para siempre idas — aiunbrada de la tierra senil —
se queda el júbilo solo!
El océano henchido de placer! la atmósfera toda alborozo!
Es libertad, trabajo, amor! en deliquio de vida!
Lo justo para justamente ser! lo justo para respirar!
¡júbilo por sobre de toda gloria, júbilo!

WALT WHITMAN.